



*Licenciado en Historia, Universidad Alberto Hurtado. Licenciado en Educación Media y Profesor de Historia y Ciencias Sociales, Universidad Diego Portales. Candidato a Magíster en Historia de Chile Contemporáneo, Universidad Alberto Hurtado. Mail: rodrigo.perez.schnake@gmail.com



La violencia política como problemática historiográfica en Chile.

La Unidad Popular y la dictadura cívica y militar

Rodrigo Pérez Schnake *

La presente columna busca considerar algunos elementos presentes en la historiografía nacional respecto a la violencia política (vp) y su relación con la dictadura cívica y militar, así como de su antecedente, el gobierno de la Unidad Popular (UP, 1970-1973). Aca no se postulará una caracterización acabada del escenario académico – tarea compleja para una columna–, sino que muy por el contrario, se quiere polemizar con la tendencia identificada al calor de los debates que se han levantado en torno a esta problemática y el período de estudio¹. Al finalizar, se presenta una propuesta conceptual y analítica de las prácticas violentas con fines políticos.

El historiador italiano Enzo Traverso, citando a Dan Diner, sostiene que “la conciencia de época está forjada por una memoria marcada por el sello

de los cataclismos del siglo”². Esta reflexión, que es tomada por el autor para discutir en torno al protagonismo que en la actualidad tiene la memoria en la disciplina historiográfica –tanto por su carácter de objeto de estudio como de fuente primaria–, se conecta con lo significativo de un pasado reciente marcado por las violencias del siglo XX.

Hablar de las violencias es, tal vez, una de las síntesis más empleadas al momento de tratar de descifrar el siglo XX para el mundo occidental. Las dinámicas de las guerras imperialistas y las revoluciones, la irrupción de los totalitarismos y el holocausto, la polarización del plantea en dos sistemas productivos, los procesos de liberación nacional tercermundistas, la Guerra de Vietnam y la Revolución Cubana, tienen en común –entre



muchos más factores— el complemento de la violencia con la política. Esta relación ha estado presente de manera muy característica, en los trabajos emergentes en la última década, y que buscan comprender —para el caso latinoamericano en lo específico— los procesos que culminaron en sangrientas y feroces dictaduras cívicas y militares.

En Chile, las violencias estudiadas, centrado en los objetivos que perseguían y las justificaciones políticas de ellas, han sido los enfoques otorgados por la historiografía de corte pinochetista. Tratar de caracterizar el derrumbe institucional, económico y social del país bajo el mandato de Salvador Allende se ha transformado en la tónica de investigaciones que amparan el discurso político de los sectores defensores de la dictadura. Sostener que la izquierda cultivó por años un discurso retórico de la violencia, que se transformaría en acción a partir de mediados de los años sesenta, rompía el equilibrio y costumbre constitucionalista del régimen político nacional. Por tanto, los programas revolucionarios habrían desencadenado, al asumir el Poder Ejecutivo, una práctica violenta en contra de la propiedad privada, la cual, sumada a la incapacidad gubernamental de Allende, habría desencadenado el caos, forzando a sectores mayoritarios de la sociedad a exigir la salida militar para superar la crisis.

Este enfoque, polémico por lo demás, encontró su origen en las propias autoridades golpistas, que desde el día martes 11 de septiembre de 1973 comenzaron su retórica patriótica en defensa de “la institucionalidad” y la extirpación “del cáncer marxista”. Esta lógica, tomada por historiadoras e historiadores

como Patricia Arancibia Clavel y Gonzalo Vial, instauró la perspectiva a debatir desde la crítica o defensa de la UP. Dentro de aquello, la justificación de lo acontecido durante los mil días de gobierno de Allende, los avances sociales, las medidas productivas, y la profundización democrática han caracterizado los trabajos provenientes de los protagonistas del gobierno –ex ministros, jefes de partidos, etc.–, pero que influenció a parte importante de las investigaciones historiográficas cercanas a la línea allendista (para ubicarla dentro de ambos bandos en disputa).

En Argentina se habla de la teoría de los dos demonios para caracterizar el discurso de transición democrática, donde la violencia guerrillera y la militar fueron dos caras de una misma moneda, que habría perjudicado el devenir democrático del país trasandino. En el caso chileno, si bien no es una referencia explícita, la lógica del debate ha caído –por momentos– en la propuesta analítica del período y sus violencias, en la figura de ambos demonios. En este sentido, los discursos emanados por directivos del Partido Socialista, la izquierda Cristiana, el MAPU Garretón, pero principalmente el MIR, comparten grados de responsabilidad, en el abrupto golpe militar. Si bien la derecha historiográfica adjudica casi la total responsabilidad a estos sectores y al gobierno, la mención crítica hacia el MIR es relativa en sectores vinculados a la línea “no armada” de la UP (en especial el Partido Comunista). Es importante aclarar que muchos de los trabajos pioneros en balancear la experiencia política y social de la Unidad Popular provenían de la pluma de los propios protagonistas, especialmente, autoridades de los partidos y ex ministros de Estado.

En esta lógica de batalla por la “historia del cataclismo chileno”, los trabajos sobre el MIR han propuesto dos grandes modelos³ para historizar al movimiento: por una parte el de corte militante, mientras que otro, busca comprender las complejidades de este movimiento, sin caer en la apología ni tampoco en la crítica moral. En base a lo planteado, la violencia política adquiere protagonismo, pues la primera línea reivindica sin mucha profundidad

¹ Respecto a la UP como período (1970-1973) se han elaborado, especialmente en los últimos años, una gran cantidad de trabajos que apelan al estudio de diversas problemáticas. Para tener un panorama general en torno al estado del arte y las dificultades investigativas para dicho contexto, recomendamos Franck Gaudichaud, “A 40 años del Golpe. Historiografía crítica y pistas de investigación para [re]pensar la Unidad popular”, en Universidad Academia de Humanismo Cristiano. *Tiempo Histórico*. N°6, Santiago: Chile. 2013, pp. 63-70, página N°3.

² Traverso, Enzo, *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, año 2012, página N° 31.

³ La división, muy injusta si se toma de manera taxativa, se realiza con fines prácticos para este argumento, pero cabe aclarar que los trabajos presentan diversas perspectivas de análisis respecto al Movimiento de Izquierda Revolucionaria.

metodológica la vía armada que promulgaba la militancia rojo y negra en su actuar. Esto último, apelando a la idea de consecuencia y heroísmo de sus principales dirigentes—muertos en combate o por la represión militar—adjudica una práctica política de la violencia revolucionaria por parte de los miristas, que al menos para el caso del gobierno de la UP, es inexistente.

Durante los mil días que Allende tuvo su oficina en el Palacio de La Moneda, el MIR no disparó “ni un solo tiro” en post de la toma del poder revolucionario, sino que más bien, se dedicó a impulsar acciones directas de tomas de terrenos urbanos y rurales, y en menor medida de fábricas, con el fin de construir el partido entre los pobres “del campo y la ciudad”. Es cierto que en esas prácticas hubo casos puntuales de enfrentamientos físicos que incluyeron armas de fuego, pero fueron más bien de carácter defensivo de las “tomas”, que una ofensiva emulando el cañonazo del crucero Aurora en Rusia.

48

Más allá de la ironía, es importante aclarar que el estudio de la violencia política durante el período de la UP—considerándola el antecedente inmediato del gran cataclismo chileno que fue la dictadura cívica y militar—se ha centrado en el carácter violentista de las tomas de terrenos y fábricas, como ataque a la propiedad privada, o bien, las propuestas estratégicas de la izquierda respecto a la vía armada. Esta dicotomía, a nuestro parecer, es mezquina, pues no aporta grandes antecedentes ni variables para un debate más que necesario al calor de la actualidad nacional. El conflicto por la tierra en la Araucanía, las protestas estudiantiles, las barras bravas de fútbol, la desigualdad entre clases sociales, han marcado un debate donde la violencia es tratada en el espacio público como protagonista, pero sin mayores contrapuntos a una visión oficialista que criminaliza dichas prácticas.

Entendemos por violencia política, la irrupción de un método práctico, empleado con el fin de resolver un conflicto entre dos o más agentes.

La violencia no es la consecuencia necesaria del conflicto. De forma teórica, puede haber conflictos sin violencia, conflictos que no alcancen la situación de violencia, conflictos resueltos sin violencia, en el sentido de la inexistencia de una imposición, o, en último caso, del uso de fuerza física, de fuerza explícita, como caracterizadoras de la violencia. Y puede haber en otros casos, por el contrario, conflictos de tan difícil resolución que den lugar a un amplio y duradero empleo de la violencia.⁴

Esta idea es tomada del historiador español Julio Aróstegui, quien va a problematizar lo anterior de la siguiente manera:

“La violencia no es la consecuencia necesaria del conflicto. De forma teórica, puede haber conflictos sin violencia, conflictos que no alcancen la situación de violencia, conflictos resueltos sin violencia, en el sentido de la inexistencia de una imposición, o, en último caso, del uso de fuerza física, de fuerza explícita, como caracterizadoras de la violencia. Y puede haber en otros casos, por el contrario, conflictos de tan difícil resolución que den lugar a un amplio y duradero empleo de la violencia.” .

Considerando lo anterior, podemos proponer, como una alternativa a aplicar en el campo historiográfico, salir de los programas partidistas, discursos y declaraciones de principios (muy estudiados en los últimos años), para analizar las prácticas de las violencias políticas, no como una finalidad de estudio en sí, sino para tratar de comprender los diversos conflictos entre clases y sectores sociales que protagonizaron los años que transcurrieron entre 1970 y 1973. Creemos que esto permitirá poner atención a fenómenos poco recurrentes en las investigaciones —o considerados como elementos secundarios— y que fueron silenciados por la instauración de una sangrienta dictadura cívica y militar.

⁴ Aróstegui, Julio, “Violencia, sociedad y política: La definición de la violencia”, en *Ayer. Revista de Historia Contemporánea*, N° 13, año 1994, España, 17-56, página N° 30.